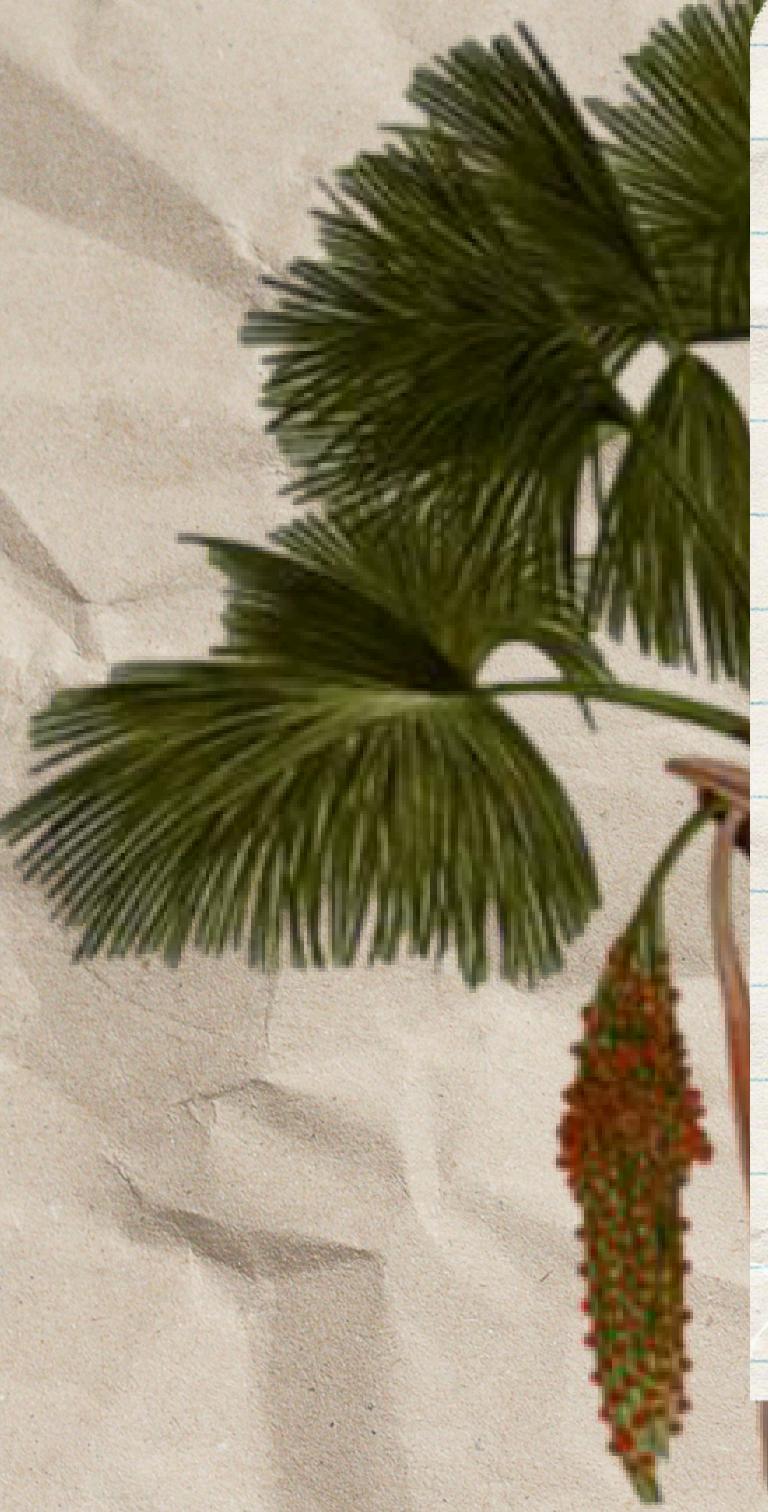


Nuestra vida
con el
moniche





En los humedales vivos del Wacoyo, las moricheras son el corazón que late al ritmo de los sikuani, un puente entre generaciones donde las palmas de moriche (*Mauritia flexuosa*) enraízan tanto en la tierra como en los vínculos comunitarios. Cada hoja tejida y cada fruto recolectado hablan de una relación íntima y sostenida, un diálogo profundo que convierte el cuidado del territorio en una ofrenda compartida. Allí, ancianos y jóvenes encuentran en el moriche no solo un sustento, sino un maestro silencioso que guía sus manos y sus saberes, integrando el pasado y el presente en un ciclo eterno de siembra y recolección. Este lazo, tejido con respeto y equilibrio, permite a los sikuani no solo custodiar la riqueza viva de su entorno, sino también afirmar, con cada acto de cuidado, su derecho a habitar y gobernar el territorio según las leyes de la vida que ellos mismos han aprendido a escuchar.

-Mujeres sikuani

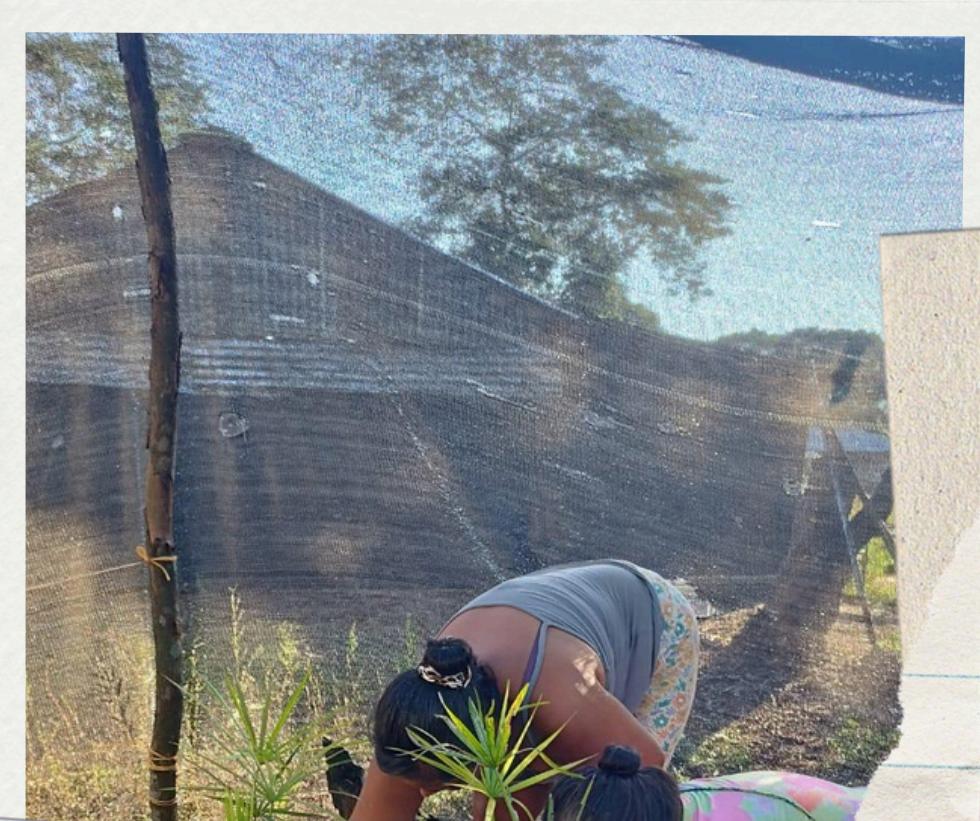




Los Llanos Orientales se despliegan como un lienzo vivo donde la resiliencia de los sikuani danza al compás del paisaje, uniendo cuerpo y territorio en un entramado profundo de vida. En cada paso sobre la sabana, en cada gesto de siembra o recolección, tejen una red vital que nutre tanto los ecosistemas como sus modos de existencia, arraigados en la memoria y la continuidad. Frente a las embestidas del desarrollo económico, los sikuani se afirman como guardianes del equilibrio, moldeando su interacción con el entorno en un acto de resistencia y armonía que respira al ritmo vasto y abierto de los Llanos.

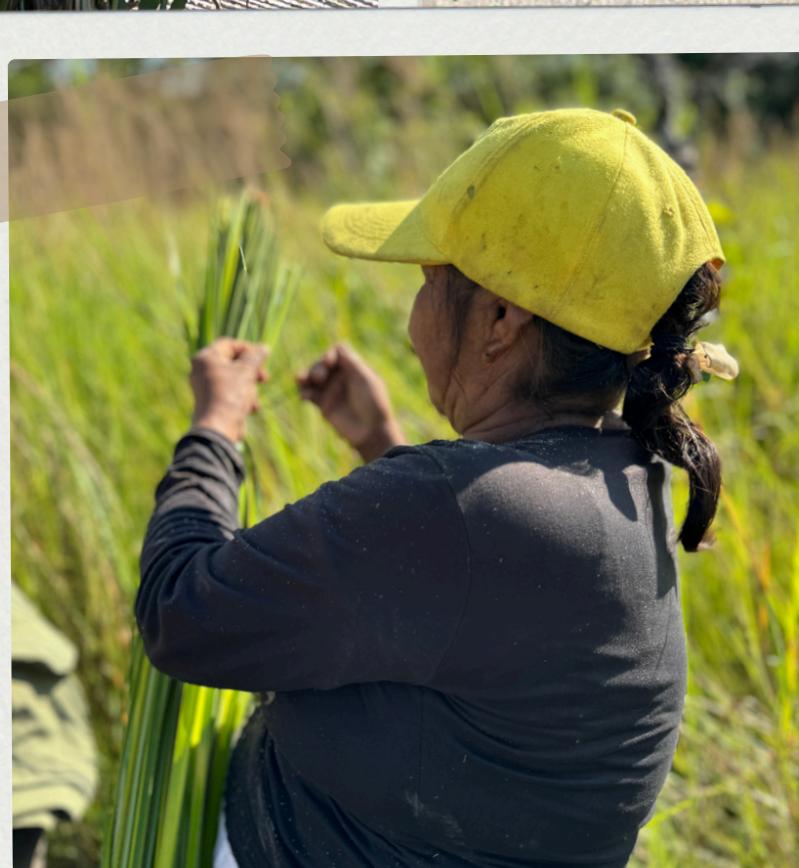


Unuma



En la práctica del 'Unuma', los sikuani entrelazan los hilos de la vida en un tejido que abarca humanos y no-humanos, revelando un conocimiento profundo que entiende la Tierra como communalidad y la gestión como acto colectivo. Este ritual de organización territorial, sustentado en saberes ancestrales y en la percepción integrada del entorno, resuena como un eco necesario en un mundo que busca equilibrio.

En el 'Unuma', la Tierra no es posesión, sino vínculo, un espacio compartido donde la colectividad y la communalización emergen como alternativas esenciales para sostener la vida y al mismo tiempo reclamar justicia, armonizando la preservación del medioambiente con el cuidado mutuo entre quienes lo habitan.



Simbiosis

La conexión entre las mujeres del resguardo Wacoyo y la palma de moriche ha sido clave para construir una economía propia, diferente de las actividades que realizan los hombres. Estas mujeres han perfeccionado el arte de trabajar el moriche, usando sus fibras largas y flexibles para crear accesorios, vajillas, individuales y canastos que destacan tanto por su utilidad como por su belleza. Más allá de generar ingresos, este oficio les ha permitido establecer una actividad económica sostenible que está profundamente ligada a los recursos que les ofrece su entorno.

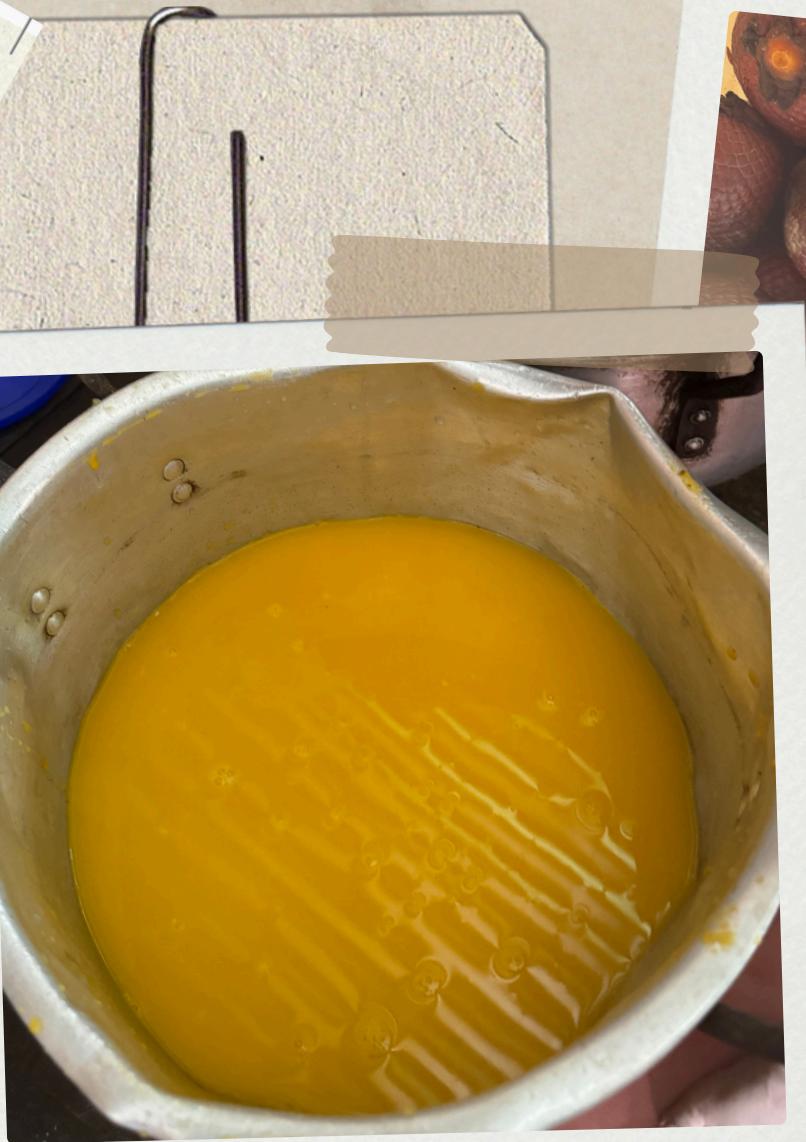


Cuidados

La palma de moriche, aunque cuidada con esmero, se resiste a echar raíces en los campos de reforestación, desafiando los esfuerzos de las mujeres. Otras fibras, como el cumare, se van perdiendo con el tiempo, mientras los hombres ven con inquietud cómo la madera de machaco también escasea. Entre la tierra y sus ciclos, se hace urgente tejer nuevas formas de cuidado y regeneración que aseguren que estos materiales sigan siendo parte de la vida y el trabajo en el resguardo.



Fruto de moriche





Poner en marcha estas prácticas no solo garantiza que las familias sigan encontrando sustento en sus oficios, sino que también une a la comunidad y profundiza su vínculo con el entorno. Es una forma de vivir en armonía, respetando los ritmos de la Tierra y cuidando los materiales que de ella brotan, construyendo un modelo de convivencia donde el equilibrio y el respeto sean el centro.

Cuidados